

Jaime Torres Bodet, 1902-2002

Leonardo Martínez Carrizales*

Este año ha sido pródigo en celebraciones relacionadas con la historia de la literatura mexicana; en ese contexto, quiero destacar el centenario del nacimiento de Jaime Torres Bodet, quien acaso sea el escritor que, en nuestro país, haya cobrado el estatuto político más alto reservado para los de su gremio: diplomático, secretario de Estado, funcionario internacional.

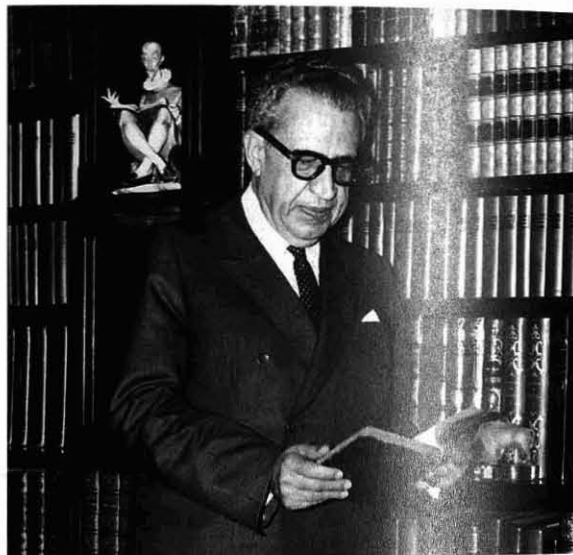
Luego de su retiro de la vida pública en 1964, Torres Bodet se consagró a la organización, tanto editorial como crítica, de una labor literaria comenzada en 1918, fecha de publicación de su primer libro de poemas, *Fervor*. El escritor cumplió con esta tarea sometiéndose a un interés dominante en la ya larga jornada de sus trabajos y sus días: la poesía. Como Alfonso Reyes lo hiciera para sí en otro tiempo, Torres Bodet reclamó reconocimiento y estimación para sus empeños como poeta. En este sentido apunta la mayor parte de las iniciativas que concibió y desarrolló en el periodo del cual hablamos. La poesía lírica es el signo de su vejez, hasta su dramático abandono de la existencia.

A manera de ejemplo, pensemos en el trato personal que, hacia el final de su vida, Jaime Torres Bodet estrechó con Sonja Karsen, profesora de Skidmore College, estudiosa diligente del escritor y, a la larga, su paciente editora en el mundo universitario de los Estados Unidos. Karsen escribió una biografía literaria de Torres Bodet, además de preparar una antología de los poemas de éste; ambos trabajos serían publicados en la editorial neo-

yorquina Twayne Publishers. Además, Karsen gestionó la traducción de sus libros sobre el escritor mexicano en España, sin descuidar el examen crítico de la obra de éste en el curriculum y los congresos académicos de su tiempo. La correspondencia privada de Torres Bodet revela que la mano de éste condujo las empresas críticas y editoriales de Sonja Karsen hacia la apreciación de su poesía. En los hechos, la profesora de Skidmore College se convirtió en el brazo ejecutor de la voluntad de Torres Bodet por situar la obra lírica de éste en el discurso crítico de la poesía occidental; un brazo ejecutor dócil y devoto.

Mientras tanto, en México, otros brazos apuntaban en semejante dirección: Emmanuel Carballo escribió una biografía del escritor, Rafael Solana editó y prologó su poesía completa, la Universidad Nacional promovió un homenaje al poeta por el medio siglo de su labor cumplida en 1968. El propio Torres Bodet dictaba cursos y conferencias sobre Rubén Darío, Manuel José Othón y Enrique González Martínez; conferencias y cursos que se convertirían, al menos en un caso, en libros; así sucedió con una biografía y una antología de Rubén Darío dadas a conocer bajo el sello de la Universidad y del Fondo de Cultura Económica.

Tanto en la Academia Mexicana y El Colegio Nacional como en el suplemento dominical del periódico *Novedades*, *México en la Cultura*, Jaime Torres Bodet llevó a cabo una verdadera campaña intelectual por hacer que



su nombre fuera asociado con un ciclo de larga duración en la cultura literaria de Hispanoamérica: el modernismo. En este contexto se entiende su elogio de la tradición lírica encarnada por los poetas a quienes destinó sus últimas fuerzas intelectuales. Marginado por un entorno en el cual imperaba una perspectiva crítica y modernizadora de la poesía, Torres Bodet apeló a la tradición como base de lectura y examen de su obra poética. Cuando recuperemos y estudiemos el conjunto de las páginas que escribió sobre los poetas que sirvieron de asunto a sus últimos cursos y conferencias, reconoceremos que, durante el breve lapso de su regreso a la vida privada, Jaime Torres Bodet escribió un *ars poetica* de la tradición.

Me refiero a un *ars poetica* que consiste en el elogio crepuscular de una edad histórica de la poesía en lengua española cuyos valores fundamentales son la imitación del mundo y de la experiencia comunes a todos los hombres,

* Escritor y crítico literario

La pérdida del reino

Sergio González Rodríguez*

la pureza y la sinceridad de la expresión, la sobriedad estilística, la racionalidad clásica en el desarrollo del discurso. Horacio y Virgilio, Dante y el Renacimiento español, la poesía lírica de los siglos de oro, el modernismo más atemperado, entre algunos otros capítulos afines de cultura literaria, aunque no muchos más, alimentan la edad histórica invocada por Torres Bodet en beneficio de la apreciación de su propia obra poética.

En estos alimentos se nutre el comentario de los poemas rigurosos y contenidos que Jaime Torres Bodet escribiera durante su madurez definitiva. En caso de resolvernos a leer esa calculada e intensa poesía, encontraríamos en ella algo de lo mejor que se haya escrito en lengua española. Al lado de las poéticas de vanguardia y ruptura que cruzan el siglo XX de nuestro país y de nuestra América, el *ars poetica* tradicional por el cual abogó Torres Bodet completa nuestro rostro como una civilización letrada, como un capítulo literario que ha necesitado de una larga gestación en el cuadro de las literaturas occidentales. Tras los esfuerzos de Torres Bodet en favor de sí mismo como poeta, se encuentra este generoso alegato en favor de todos nosotros como sujetos de una vasta comunidad cultural. ◀

En el Bar Gante, charlaba yo días atrás con el arquitecto Eduardo Terrazas, padre de mi amigo Kyzza Terrazas, prófugo ya con diploma de filósofo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

El también urbanista me describía los rasgos profundos de la ciudad de México, y mientras me concentraba en sus precisas informaciones sobre las características del Centro Histórico, surgió una pantallita en un ángulo superior derecho de mi mente, y me veía yo llegar a las puertas del salón donde Kyzza —estupendo cuentista en su *El primer ojo* (Juan Pablos Editor/Ediciones Sin Nombre)— se recibiría de licenciado, a mediados del 2001.

Tenía yo años de ausencia respecto de CU. De pronto, me vi confrontado con mi pasado improbable: era Sergio González Rodríguez quien en realidad, y no Kyzza, debía encarar su examen de recepción profesional. Me acerqué a la ventana de la puerta, y a través de ella entreví una vida que debió suceder quince años atrás: Sergio en plan de rebatir una pregunta capciosa, Sergio en actitud de sabelotodo con paciencia, Sergio dividido entre fraguar argumentos cordiales y la prisa por irse a celebrar y pasar de una vez por todas el trago amargo del trámite escolar. Sergio el académico.

Tosí de pronto. Cof, cof, agghh, cof. El arquitecto Terrazas se alarmó. Pensó que me había puesto mal porque mencionó las barrocas tesis renacentistas de Guillermo Tovar y de Teresa sobre el virrey de Mendoza. Cof,

cof, agghh. Repetí, ya en ímpetu descendente de mi garganta. Y dije:

—Ya estoy bien: me atraganté con la cerveza —suspíre mientras apenas podía hablar—. Istoyben, nite-precupris, agggghh!! Cof.

Claro que no le quise confesar al arquitecto Terrazas que lo que me perturbó fue el recuerdo de mi pasado improbable y mis pendientes académicos.

A menudo sueño que estoy en la Universidad y fatigo sus pasillos, le dirijo la palabra a compañeros ignotos, charlo con muchachas a las que sólo veré en aquel teatro de fantasmas, me entrego a extrañas aventuras que mezclan la arquitectura funcionalista con las pesadillas de Piranesi. Y, cuando despierto, llego a la conclusión de que, en mi universo inconsciente, la UNAM surge como un cuento gótico.

Ya puestos a desenrollar la madeja, supongo que esta fantasía viene del día en el que me leyó las cartas del tarot una darketa universitaria, de esas que venden libros en el lobby de la Facultad. Y huía de la darketa una y otra vez como si fuera yo una de las muchachas góticas acosadas en tantas novelas truculentas que estudiara El Innombrable —así dicen que le decían en su tiempo al gran crítico italiano Mario Praz, afecto a consumir en la persona de su esposa cualquier cantidad de hazañas sadomasoquistas.

Aquella vez frente al salón en el que Kyzza se recibía, comprendí que algo —Dios, el Destino, los Hados, el Azar o lo que sea— persistía en alejarme de la UNAM y los lauros del Saber: ¿Cómo es posible, me dije a mí mismo, que no seas al menos Doctor? Estás rodeado de doctores con los que hablas a diario o a

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

